

# Memoria de los días<sup>1</sup>

No podía imaginar que la dedicación con diversa suerte en sus logros y siempre leal a un oficio que se confundió con mi vida misma, dándole sentido y dirección, recibiría este honor de una Universidad a la cual me vinculan tantos motivos manifiestos del pasado como alentadores y fecundos hilos del presente. Ya saben ustedes que, siguiendo un hábito que se acuñó desde los años entretreídos de la particular Colonia y en el conflictuado esfuerzo de la República, yo debía estudiar lo que se continúa llamando una profesión. Fue así como ello ocurrió, más por los irrefutables argumentos de mi padre que por mi atolondrado optimismo, mi fe sin religión en los destellos de un desacomodo y una oscura corriente que aún no descifraba.

Las profesiones para los que fueron traídos a la fuerza desde África, como para los artesanos que fundaron una idea de dignidad, respeto y progreso, constituían una de las escasas categorías mediante cuyo acceso el ser humano tendría una opción ante los ideales de realización personal en libertad y

\* Escritor cartagenero (1948-2018). Premio Nacional de Novela (2018), Premio de Narrativa Casa de las Américas (2010) y finalista del Premio Rómulo Gallegos (2010), con *La ceiba de la memoria* (2007). Ha publicado libros de cuentos como *Lo amador* (1980), *Una siempre es la misma* (2009) y novelas como *El patio de los vientos perdidos* (1984), *La ceiba de la memoria* (2007) y *Ver lo que veo* (2017).

<sup>1</sup> Palabras leídas durante el homenaje realizado por la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena al escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor por el Premio Casa de las Américas (2009), en el marco de las VIII Jornadas Culturales Héctor Rojas Herazo (2009).



"Parapetos" (Raúl Ballesteros, 2018).

construcciones colectivas en solidaridad. Una intuición todavía no explicitada, oculta en el territorio inexplorado de dignidad y esperanza de las mujeres y los hombres, los condujera a derrotar el inmemorial dilema entre solidaridad o soledad, o postular una conjunción: soledad y solidaridad. No una oposición de términos excluyentes, sino un espacio de aventuras sin límites y ritos limpios de constreñimiento.

Era entonces natural que mi padre me ofreciese como lugar de estudios este claustro en el cual él había hallado una razón de vida noble, estimulante y sin claudicaciones éticas o intelectuales. Con los años entendí que su puerto de besar y no irse fue la Universidad de Cartagena de Indias. Y puerto para él y para mí no es una metáfora. Como hijo menor, benjamín, de un abuelo de voluntariosa autonomía, de medidas palabras y una abuela de furiosa lealtad y silencioso orgulloso, él, Roberto Burgos Ojeda, padeció los desfallecimientos de la confianza en la ilustración de mi abuelo. El viejo Burgos Lauminette había sostenido

los estudios de enfermedades y cadáveres de sus hijos mayores; la vocación de ponerse al servicio de Dios de otro; y lo que consideró un capricho: la afición a la guitarra, las canciones y la fotografía de carbón y carburo de uno más. El abuelo reclamó compañía y mi padre se embarcó por años como auxiliar de navegación del patrón de una lancha, de propiedad de ellos, que transportaba coco de la isla de Barú y traía y llevaba en alforjas de cuero desinfectadas cada vez las cartas de desconsuelo o de compromiso del leprocomio de Caño del Oro.

El descreimiento de mi abuelo en la educación, comprensible por cuanto la convicción en sus virtudes le había proporcionado la lejanía de sus hijos mayores, dejó a mi padre sobreaguando en las corrientes del Caribe. Apenas logró esquivarlas: supuso que aquello que le hacía falta a la humanidad era educación para fortalecer el sentimiento de igualdad. De otra manera, ¿cómo entender que su padre, el abuelo, le hubiera negado a él lo que facilitó a sus hermanos, los hijos mayores?

Este designio lo llevó a remontar el río Grande de la Magdalena en un vapor de pasajeros y carga. Desde los pueblecitos de ilusión un manojo de despedidas anónimas agitaba el aire. Se acostumbraban los viajeros a la algarabía de ribera, chillidos penetrantes de los micos, parloteo desordenado de los loros y guacamayas, el chapoteo en los lodazales de los caimanes, y, a veces, la repetida protesta de una voz humana contra este tiempo congelado que decía con resignada impotencia de rebelión tardía: la vida no vale nada –no vale nada la vida.

Al atardecer, sobre los bultos y guacales de la cubierta, se acomodaba una orquesta reducida a interpretar sonos melancólicos entre las nubes de mosquitos carnívoros, el murmullo amoroso de los manatíes, mientras la luz en jirones se perdía detrás de los árboles. Así, y superando un luto que lo sorprendió al llegar al puerto de Honda, continuó en el tren lento de trocha angosta que parecía nunca iba a llegar a la Estación de la Sabana de Bogotá. Ingresó a la Normal en medio de una ciudad hostil donde se fastidiaban con los chochoanos y los caribes porque hablaban alto y no vestían de negro.

Cuando volvió traía su título de Maestro, se había librado del traje entero de paño verde, con el cual lo esperó su hermano Carlos y se lo hizo vestir en el baño de la estación para protegerlo de las ventiscas traicioneras. Traía también un agolpado saber contemporáneo que lo llenaba de confianza en el porvenir: ¿Cómo el desorden injusto de la vida no sería doblegado por la educación y el conocimiento?

Algo que aún no es sometido al examen de las conjeturas debió de ocurrir en su pedagogía entusiasta. Puedo observar que la muerte de un líder liberal de la localidad y después la de un líder nacional lo empujaron a la percep-

ción desolada de que el corazón humano era invadido por la intolerancia, el odio, el fanatismo. El principio de igualdad que implantaría la educación fue relegado por una voluntad de dominación violenta y despojadora. Entonces mi padre ingresó a la escuela de Derecho de la Universidad de Cartagena como si hubiera vislumbrado la necesidad imperiosa de la justicia.

Las anteriores confidencias, que a lo mejor sirvan desde su desvergonzada intimidación para armar el clima de una época, no tienen otra pretensión que confiarles a ustedes el tamaño de mis tribulaciones cuando decliné la invitación de hacer la carrera universitaria aquí. Tal vez este generoso homenaje me propicie decirles que mi resistencia no fue un acto de desprecio. Sí fue la aplicación de la vieja enseñanza de la igualdad. “Padre y profesor” podría terminar en dos veces hijo o en alumno con aprendizajes extras. Ambas situaciones de privilegio por exceso.

Dejé caer entonces la inevitable lágrima al mar, con la cual los viajeros de estos solares hacen el desprendimiento y quedan condenados a la añoranza y la nostalgia. Un arraigo vivo, en movimiento, subleva la ausencia. Ser de esto preserva la raíz y fecunda el sueño. Lo demás vuelve a ser estrategia de permanencia: una observación aguda de Jorge García Usta; la conversación por el teléfono a la luz de pánico de los domingos con Eligio García Márquez, quien siempre me preguntaba: “¿Cuándo nos volvemos a Cartagena?”; la pajarita de papel con noticias poéticas de Gustavo Tatis Guerra; la botánica poética y sus árboles de Camarajú de Rómulo Bustos Aguirre; los autorretratos que desollan la piel para diseccionar el alma de Alfredo Guerrero; los zaguanes en que se nos queda algo de Cecilia Delgado; la transformadora intuición histórica de Alfonso

Múnera; alguna revisión de lugares comunes aceptados como dogmas de Adolfo Meisel; el croquis empecinado que traza el Observatorio del Caribe Colombiano con la constancia de Alberto Abello y Madalina Barbosa y el rigor intelectual de Antonio Hernández Gamarra; y ustedes, maestros y alumnos, lectores y amigos, por regalarme un apreciable talismán

del cual dio cuenta alguna vez Paul Valéry. El escritor está frente a la obra, abandonada en su ejecución, en una zona de incertidumbre. Sabe lo que pudo ser, lo que debió ser, lo que habría podido ser. Y lo sabe mucho más que aquello que la obra es. Para poder saberlo requiere del espíritu de los demás. Por esto, y por tanto, muchas gracias.